

reses de sus aliados y de las constantes tradiciones de la política francesa.

Ha jurado á la Turquía no hacer jamás la paz sin ella y mantenerla en su integridad, y ofrece á Alejandro la Moldavia y la Valaquia, ó por lo menos se encarga de hacérselas obtener. ¿Y si Turquía resiste? Entonces, las dos potencias se repartirán la Turquía.

Del mismo modo trata á Persia que igualmente ha arrastrado á la guerra y sobre cuyo concurso tan gigantescos castillos edificó: su embajador Gardane, apenas si había ya llegado á Teheran cuando todo había ya cambiado.

En cuanto á Polonia que tanto ha alentado y que tan en grande ha explotado ni se hace de ella cuestión; todo lo que por ella hará será dar á Sajonia las provincias que pertenecen á Prusia. A Rusia todavía le dará un lote de 200.000 almas á expensas de ese desgraciado país.

De lo que ella misma llamaba sus aliados naturales y necesarios, quedaba Suecia arrastrada á su pesar á la guerra contra Francia. ¿Por qué Alejandro no le ha de tomar la Finlandia? ¿Es justo que las hermosas de Petersburg oigan desde sus casas los cañones suecos? Que no vacile, pues, en despojar á un príncipe que por tanto tiempo ha combatido bajo las banderas rusas, que aprenda á poner sus intereses por encima de sus simpatías. Hé aquí la única política digna de un gran emperador.

¿Qué le da Alejandro en cambio de estos engrandecimientos que con tanta liberalidad se le prodigan? Promesas y palabras, nada más. Reconocí los nuevos reinos fundados por Napoleon, pero ese reconocimiento no les dará mayor solidez. Promete asociarse á las medidas tomadas contra Inglaterra pero este compromiso queda mal definido, de una ejecución lejana, y de un sentido susceptible de muchas interpretaciones que no será imposible atenuar sino eludir. En verdad deja sacrificar su amigo el rey de Prusia, pero ese sacrificio no tiene nada de definitivo, se le deja una parte de sus Estados que podrá servir para recuperar la otra. En toda cosa da lo cierto por lo dudoso. Y síntoma característico, es Napoleon quien le ejecutó el primero, quien paga por adelantado.

Permitido es suponer que esta lección no fué perdida por Alejandro, pues resulta según el testimonio de un observador sagaz que era su confidente, el príncipe Czartoryski, que Alejandro no sacó de ese

comercio íntimo con Napoleon más que una impresión de temor y de desconfianza fundada en una apreciación muy justa de su carácter.

Una vez quedaron las condiciones establecidas y fijo el terreno, no se trató ya más que de la manera de ejecutar la obra, de arreglar en cierto modo el procedimiento que se debía seguir á fin de ocultar algún tanto á los ojos del mundo lo repentino de ese prodigioso cambio. Convínose, pues, entre los dos emperadores que esta coalición para la guerra se presentaría á Europa bajo la forma de un paso en favor de la paz. Los dos soberanos ofrecerían simultáneamente su mediación el uno á Inglaterra, el otro á Turquía, y como preveían que esta mediación no sería aceptada, intimarían luego á los Estados europeos su entrada en su liga, lo que les permitiría proveerse á expensas de aquellos que se mostrasen recalcitrantes.

Tal fué el espíritu que dictó las famosas estipulaciones de Tilsit. La parte del tratado que debía hacerse público, arreglaba desde luego la delimitación del nuevo reino de Prusia. Napoleon, «por respeto á S. M. el emperador de todas las Rusias,» consentía en restituir al rey de Prusia sus provincias situadas á derecha del Elba, á excepción, sin embargo, de las provincias polonesas que se daban á Sajonia, descontadas las propiedades estimadas en veintiseis millones de los que ya Napoleon había dispuesto en favor de sus generales. Considerábase como el propietario legítimo de los Estados prusianos y de esta suerte todavía era el protector del rey, pues, al fin le deja alguna cosa. Esta cláusula, tan humillante en la forma como dura en cuanto al fondo, le quitaba á Federico Guillermo más de 4.000.000 de súbditos sobre los nueve que antes contaba. En vano trató de hacer que Napoleon viniera á sentimientos más moderados esforzándose en demostrarle su derecho y su buena fe en el asunto de la violación de Aispach. En esto probó que conocía muy mal á su adversario, pues, lo que podía hacer de más peligroso para sus intereses, era mostrar que tenía razón. Si en efecto él tenía razón, ¿qué era la conquista de sus Estados más que una piratería? La bella reina de Prusia no cometió un error menos grande cuando en su desesperación hizo un llamamiento á los sentimientos caballerescos del hombre que tan cruelmente le había insultado en sus boletines. Napoleon mismo ha contado con insinuaciones poco delicadas los inútiles esfuerzos que hizo para inclinarse en su favor. Por toda contestación le ofreció una rosa: «¡A lo menos con Magdedurg!» le dijo la reina suplicando. «Yo haré observar á V. M., le

respondió duramente, que soy yo quien la ofrece, y vos quien la recibís.»

Estipulaba luego el tratado el doble ofrecimiento de mediación cerca de Inglaterra y de Turquía, y Alejandro se comprometía á evacuar inmediatamente por sus tropas á Moldavia y Valaquia hasta la conclusión de un arreglo definitivo. Napoleon había introducido esta cláusula por una especie de respeto humano por sí mismo mejor que no por consideración á la Puerta, pues, no estaba por ello menos comprometido con Alejandro á hacerle ceder en todos casos esos dos principados.

Por lo demás, acababa de estallar en Constantinopla una revolución como para ofrecerle el pretexto de que tenía necesidad y dispensarle hasta este escrúpulo de pudor. El desgraciado Selim que se había arrojado á su instigación á esta guerra funesta, había sido destronado y preso por los genzaros celosos de una milicia armada á la europea que había organizado según los consejos de Napoleon. Este suceso providencial habíase reputado como deslizando á Napoleon de todos sus compromisos con Turquía.

En fin, el tratado implicaba el formal reconocimiento de los reyes de Nápoles y de Holanda, de la Confederación del Rhin, y de Jerónimo Napoleon como rey de Westphalia. Ese reino debía formarse con parte de los despojos de Prusia de la orilla izquierda del Elba, y parte con los de Hesse-Cassel.

A ese tratado que debía recibir una publicidad inmediata, se juntaban primero artículos adicionales, y luego un tratado de alianza ofensivo y defensivo destinados unos y otro á tenerse secretos, y de los cuales ni aún hoy día se posee el texto auténtico, bien que sea conocida la sustancia. Estipulaban los artículos la cesión á Francia de las islas Jónicas y de las bocas del Cattaro, el reconocimiento de José como rey de Sicilia con cargo á Napoleon de dar al rey Fernando como indemnización, las islas Baleares ó la de Candia. Preveía el tratado el caso de la no aceptación de Inglaterra y Turquía de la mediación que iba á proponerseles. Si, como todo lo hacía creer, Inglaterra respondía negativamente, las dos potencias pondrían en seguida en común la mitad de sus fuerzas, y dirigirían sus intimaciones á las tres cortes de Copenhague, Stockolm y Lisboa, lo que debía, según toda probabilidad, permitir á Rusia poner la mano en Finlandia, y á Francia invadir el Portugal. En cuanto á la corte de Viena, no se la ponía de una manera imperiosa en el caso de pronunciarse, pero se comprometían «á insistir cerca de ella.» Si de su lado, no aceptaba

la Puerta, comprometíanse á sustraer del yugo de los turcos todas las provincias otomanas, «excepto Constantinopla y la Rumelia.» Para Inglaterra su negativa implicaba la guerra con toda Europa; para Turquía era el reparto y la ruina total de su dominación.

¿Fuera de esas estipulaciones, cuya autenticidad es indiscutible, hubo en la entrevista de Tilsit convenciones eventuales y verbales relativas á dos cuestiones que preocupaban hacía mucho tiempo á Napoleon, Roma y España? El hecho es bastante probable por lo que toca á España, sin que, sin embargo, se pueda afirmar de una manera absoluta. La familia de los Bonapartes se encontraba ya reemplazando á los borbones en tantos tronos, reinaba en tantos países jamás por aquella poseídos, que es poco verosímil dejara Napoleon de hacer alguna indicación á Alejandro sobre unir á España á su sistema y establecer un nuevo pacto de familia con los pueblos de la Europa occidental.

En cuanto á la soberanía temporal de los Papas, se puede decir que no contaba hasta entonces por nada en Europa, sobre todo á los ojos de un emperador cismático; no podía crear dificultad alguna entre los dos Estados, y hubiese sido una precaución supérflua procurar obtener la aquiescencia de un soberano por aquello que nada le interesaba.

Napoleon en suma no había hecho más que preparar en Tilsit una nueva rivalidad: había con sus manos levantado y robustecido un antagonismo más temible para él que para ningún otro, porque estaba colocado fuera de su alcance. En cada una de las cláusulas de esta paz estaba escondido un caso de guerra. Ese burlador de la idealogía no había sabido hacer en Tilsit más que lo que él llamaba con desprecio «política de fantasía.» Había ido allí para engañar, y salía él mismo engañado por su propia avidez, mejor que no por la duplicidad de Alejandro. Había cínicamente traicionado antiguas y fieles alianzas, y no se llevaba más que una amistad dudosa ya al día siguiente. En esto obró no bajo la presión de una necesidad imperiosa, sino de buen grado, con una plena conciencia de lo que hacía, y llevado solamente de una ambición frenética. No hay necesidad de otro juez que él mismo, para apreciar el valor político de esas estipulaciones imprevisoras. «La Valaquia y la Moldavia,—escribía á Alejandro el 28 de Febrero de 1811,—forman el tercio de la Turquía de Europa. Es una adquisición que quita toda fuerza á Turquía, y se puede decir que destruye ese impe-



rio, mi más antiguo aliado.... Por pura amistad, por V. M. he reconocido la reunión de esas bellas comarcas, pero sin mi confianza en la continuación de esa amistad, varias campañas desgraciadas no hubiesen podido llevar á Francia á verse despojada de esta suerte de su más antiguo aliado.» ¿Podía decir algo más severo para sí mismo? Sacrificar un aliado y dar dos provincias en cambio de una amistad, de una amistad de rey, esto era de seguro nuevo en los anales de la diplomacia. «He consentido,—continuaba,—en que V. M. guardase la Finlandia, que es un tercio de Suecia, y que es una provincia tan importante para V. M., cuanto que «puede decirse que desde esta reunión Suecia no existe,» pues Stockholm se encuentra ahora á las avanzadas del reino. Sin embargo, Suecia, á pesar de la falsa política de su rey, era también una de las antiguas amigas de Francia.»

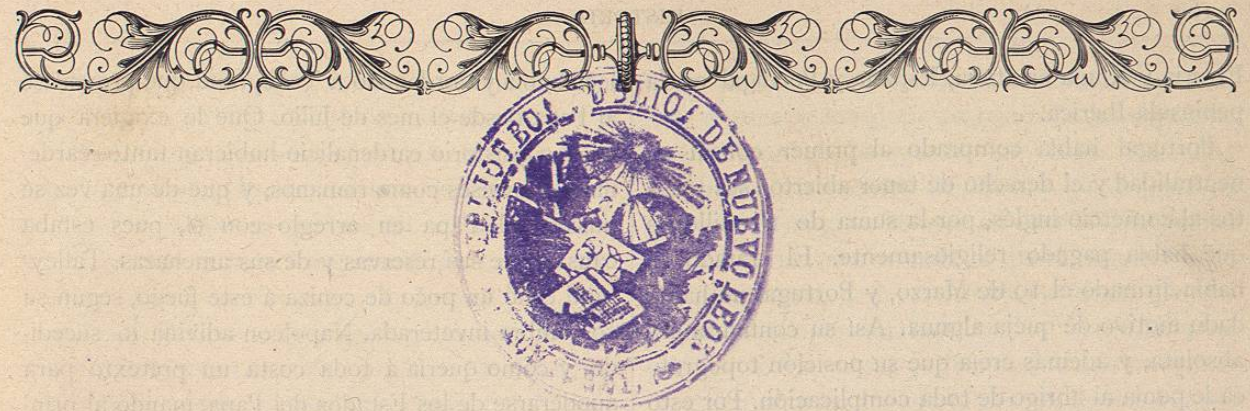
¿Quiere en fin tener su testimonio sobre la tan discutida posibilidad de una reconstitución del reino de Polonia, y sobre los motivos que le llevaron á abandonar esta nación que era también una aliada natural de Francia? «Cansan la atención de

Vuestra Majestad con dichos calumniosos. Quiero, dícese, restablecer la Polonia. «Yo era dueño de hacerlo en Tilsit.» Doce días después de la batalla de Friedland podía estar en Wilna.... Lo «podía» en 1810 en el momento en que las tropas rusas estaban comprometidas en Turquía. «Podría aún en este momento.»—Hé aquí, decía él mismo, todo lo que había hecho; hé aquí los sacrificios de orgullo, de honor, de lealtad que se había impuesto, y con qué fin? ¿con qué esperanza? sin compensación, sin garantías, sin otra equivalencia que la «amistad de Alejandro,» menos que esto, por una promesa de amistad. Se podía sostener teóricamente que los compromisos contratados en Tilsit eran recíprocos. Pero en la práctica esta reciprocidad desaparecía, pues las obligaciones de Napoleon debían ser de una ejecución inmediata; las de Alejandro eran á la vez de un cumplimiento vago y lejano.

El uno daba, el otro prometía hacer, según la vieja fórmula de *do ut facies*, fuente eterna de engaños.... Por esto una vez firmado el tratado de Tilsit su primer movimiento hubo de ser su incumplimiento.



R. V.



## CAPITULO XIII

### ORÍGENES DE LA GUERRA DE ESPAÑA

Los Estados secundarios y Napoleon.—Situación de Portugal.—Intimale Napoleon que declare la guerra á Inglaterra.—Organiza un cuerpo de observación en la Girona.—Motivo de la conquista de Portugal.—Absorbe en Italia el reino de Etruria.—Complicidad de España.—Miserable pasión de Godoy.—Reparto de Portugal.—Maquiavelismo napoleónico.—Orígenes del tratado de Fontainebleau.—Quiere Napoleon los Estados pontificios.—Intervención de Talleyrand.—Acción directa de Napoleon.—Su carta al príncipe Eugenio.—Cómo trataba al Papa.—Humillase Pío VII.—Ocupa Napoleon el patrimonio de la Iglesia.—Entusiasmo de Napoleon.—Ministerio inglés.—Caída de Grenville.—Canning y Castlereagh en el gobierno.—Averiguan éstos los manejos de Napoleon con Dinamarca.—El bloqueo continental.—Sus efectos.—Quiere Napoleon apoderarse de la escuadra danesa.—Política del regente de Dinamarca.—Manda Napoleon ocupar las provincias continentales dinamarquesas.—Preséntase la escuadra inglesa.—Indecisión del regente.—Avance de los franceses.—Decídese entonces por Napoleon.—Bombardeo de Copenhague por los ingleses.—Apodérase Garbier de la escuadra dinamarquesa: 1.º de Setiembre de 1807.—Indignación de los dinamarqueses.—Cómo quería Napoleon comprometer á Portugal.—Cómo se declaró la guerra entre Inglaterra y Rusia.—Habilidad del gobierno turco.—Compromete á Napoleon con Rusia.—Savary en Petersburg.—Vuelve Napoleon á tratar los asuntos portugueses.—España y Francia.—Conducta de Napoleon.—Asocia á España á sus proyectos contra Portugal.—Discurso de Napoleon ante el cuerpo legislativo: 16 de Agosto de 1807.—Nos asimila á Holanda, Suiza y reinos italianos.—Del derecho de intervenir Napoleon en los asuntos de España: discusión.—Cómo habían recompensado Francia y Napoleon la adhesión de España.—Decadencia de España.—Su renacimiento en el siglo XVIII: Carlos III.—De cuando data la nueva decadencia de España.—España y Bonaparte.—Causas de la impopularidad de Godoy y de la popularidad de Fernando.—España y la corte borbónica.—Falsedades de Napoleon.—Proyectos que atribuye á Talleyrand.—Imputa á Talleyrand la guerra de España.—Los diarios de Santa Elena.—Lo que resulta de los documentos.—Talleyrand abandona el gobierno.—Cómo juzgaba la situación política.—Reemplázale Champagny.—Napoleon es el autor solo de la guerra de España y de Portugal.—Humillase Portugal para salvar su existencia.—Cómo se llegó al rompimiento.—Carta al rey de España.—Ordena Napoleon á Junot que penetre en España.—Instrucciones que llevaba: 17 de Octubre.—Su significación.—El tratado de Fontainebleau.—España auxiliar de Francia.—Recelos de Izquierdo al firmarlo: 23 de Octubre.—Nuevas instrucciones de Napoleon á Junot.—Quiere apoderarse de la armada portuguesa.—Exige Napoleon que se tenga secreto el tratado de Fontainebleau.—Ignóranlo los ministros españoles.



ONSECUENCIA de lo pactado en Tilsit y de lo que se ha mantenido en secreto, fué, sin duda, los nuevos planes políticos que Napoleon reveló claramente al llegar á Dresde, camino de París.

Nada le importaba la no disimulada indignación con que era acogido en todas partes al regresar orgulloso triunfador á Francia. Nada le decía el entu-

siasmo respetuoso con que fué acogido el rey de Prusia y sus vencidos generales al regresar á Berlín. Advertencias para el porvenir Napoleon no sabía verlas ni leerlas en parte alguna. Creía á todos los Estados ganados por su amistad ó por su desgracia, y no podía consentir en medio de esa humillación general de los tronos de Europa, que áun pudiesen sostener su independencia, Dinamarca en el Norte,